# CASO MONZON
# EL SONIDO Y LA FURIA



Como un códice de reflejos múltiples, la última pelea de Carlos Monzón con su última mujer, Alicia Muñiz, puso sobre el tapete una serie de cuestiones que superan ampliamente el marco estrictamente policial. De un plumazo, uno de los mayores campeones del boxeo argentino e internacional; el niño mimado del jet-set europeo durante sus años de gloria; el muchacho pobre que salta de los arrabales de Santa Fe al mundo; el sujeto que durante mucho tiempo fue postulado como un paradigma comienza a percibir, en una estricta celda, cómo su antigua y trabajosa imagen se torna cenizas.

Significativamente mientras esa imagen va degradándose con el paso de los días y la avalancha de información falsa o real, los medios de difusión le dedican tanto espacio como en los tiempos en los que ponía en juego su corona de peso mediano frente a Emile Griffith o Benny Briscoe. Significativamente, también, este espacio inusitado que los medios le dispensan tiene como origen un acontecimiento que esos mismos medios relegan a un lugar más que secundario cuando sus protagonistas están lejos de ser una gloria del deporte: se trata del hecho de que un hombre le pegue a una mujer y que termine —o no— matándola. Sucesos como éste recorren, fatídicos, puntuales y a diario, la sección policiales de los diarios y revistas, pero el hecho de ser protagonizados por seres desconocidos, generalmente marginales, no basta para garantizarles en los medios ese espacio fastuoso del que goza —es un decir— el luctuoso caso Monzón. Finalmente —como tercer nivel de significación—, esta tragedia expresa, con absoluta nitidez, la utilización envolvente y recíproca entre un ídolo y la sociedad que lo consagra o lo denigra, según el vaivén de los acontecimientos.

La estrategia inconfesada de los medios de comunicación para el tratamiento del caso Monzón consiste en reducir sus alcances al específico discurso policial. No deja de ser tranquilizador: aislado en ese ámbito, se estaría en presencia de un simple hecho criminal, protagonizado por una figura célebre. Caso concluido. Este suplemento de *Página/12*, cuestiona tal postura y pretende dar cuenta del mismo analizando esa totalidad que dibujan los niveles de significación antes mencionados. Para llevar a cabo esta tarea de dilucidación se reproducen las reflexiones sobre el mundo del deporte de Ezequiel Fernández Moores, la cuestionable vigencia del ídolo por Elizabeth Jelin, el de la violencia cotidiana de Silvia Chester, y el retrato de una víctima que nadie cuestionó, por Claudia Acuña. Finalmente, en contratapa, Jorge retrata a este protagonista de la semana.

*Foto: Miguel Martelotti*
*Ilustración: Federico Bozani*

# DESVENTURAS DE UN MASCARON DE PROA

**_Por Ezequiel Fernández Moores_**

Desde que te ven condiciones empieza la sobreprotección. Te dicen cómo hay que hacer todo. Te enseñan cómo comer, cómo coger, cómo descansar y después aparece un amigo que te dice qué hacer con la plata. Nadie te dice qué tenés que hacer cuando se termina el fútbol." La respuesta del ex jugador Roberto Perfumo se refería a la situación del futbolista famoso cuando decide el retiro, pero perfectamente podría extenderse a todos los deportistas notorios, a quienes la sociedad brinda un lugar de privilegio sólo mientras dure la buena estrella.

Otrora reservado a ricos y nobles, el deporte de elite abandonó ese coto reservado con la llegada del profesionalismo. Los nuevos asalariados del deporte, los nuevos campeones, no eran ya de cuna ilustre. Formaron casi la vanguardia del "aluvión zoológico", pues sus éxitos y dinero les abrieron fácilmente las puertas de un mundo desconocido.

El establishment se encargó de alimentar la figura mítica del ídolo deportivo, no sólo por sus triunfos, sino como modelo de comportamiento social. Desde un sector opuesto se rechazó esta utilización del ídolo y optó por ignorarse el verdadero fenómeno de masas que ha pasado a ser el deporte. En el medio —con uno u otro paternalismo a cuestas—, los aficionados. Los que se conmovieron con el Fangio-automovilista y no con el ejecutivo de la Mercedes Benz, con el Vilas-tenista y no poeta o músico, con el Maradona-futbolista y no representante de la UNICEF. Con el Pelé jugador. No con el político.

"Querían que hablara como un intelectual y pensara como un filósofo. Pero él era sólo un boxeador", dijo hace pocos días Amílcar Brusa, entrenador y casi padre de Carlos Monzón durante su oficio de boxeador.

En aquellos tiempos de esplendor el rating de la TV alcanzaba la cifra hoy imposible de 50-60 puntos con cada una de sus peleas. Y si bien el estilo chaplinesco de Nicolino Locche resultaba mucho más cálido y simpático, Monzón aparece hoy como el tercer deportista argentino "de todos los tiempos" (detrás de Fangio y Vilas), según una encuesta reciente del diario *Clarín*.

Precisamente Fangio, Vilas y Monzón eran las figuras deportivas que debía utilizar la dictadura de Videla para contrarrestar la "campaña antiargentina", de acuerdo al consejo que le dio a los militares la agencia Burson-Marsteller, contratada antes del Mundial '78 "para mejorar la imagen argentina en el extranjero". Pero a Monzón —peronista de cuna— no se le recuerdan actitudes de apoyo al régimen. Recién en 1984 —cuando los militares ya no estaban en el poder— aceptó hablar de cuestiones políticas y le dijo a un periodista de la revista *Libre* que "si hubo desaparecidos fue porque en algo andarían". No quiso recordar que él mismo había sido una víctima del Proceso: en 1981 debió soportar un mes en prisión acusado de "tenencia de armas de guerra". Se trató de un ajuste de cuentas del almirante Carlos Lacoste, que se enfrentó comercialmente con el ex boxeador y aprovechó su afición a la caza para ponerlo entre rejas.

Por eso, relacionar los triunfos de Monzón con la dictadura equivaldría a pensar que lo mismo podría ocurrir entre la potencia extraordinaria del campeón mundial de los pesados, Mike Tyson, y la política exterior de Ronald Reagan. Como acusar a Mario Kempes de complicidad con Videla por sus golazos del Mundial '78 o a Maradona por la conquista del Mundial juvenil del '79. "¿Por qué la magia del fútbol se mantiene aun en los breves períodos de protagonismo de masas?", se pregunta la psicóloga Ana Quiroga en su libro *Psicología de la vida cotidiana*. Y agrega: "Agotar el fenómeno futbolístico en alienación y manipulación parcializa el fenómeno y empobrece su comprensión, es simplificador". Más contundente, el español Vicente Verdú *(El fútbol, mitos, ritos y símbolos)* dice que "a la afición al fútbol se la presenta como evasiva, infantil, acaso irresponsable, para hacer creer que la gente adulta, los que han tomado conciencia están resguardados en lo real y para esconder que el verdadero infantilismo (bárbaro, conmovedor, titubeante) está en todas partes. O, en definitiva, para ocultar que todos somos aficionados al fútbol".

Y si el fútbol —pero también el deporte todo, incluido el boxeo, con sus quinientos muertos y tendal de lesionados cerebrales en 70 años— aparece a ojos de sus enemigos morales como una "Disneylandia portátil", qué decir entonces de esos ídolos del deporte, guerreros de los estadios, pero también puestos a poetas, filósofos, políticos y animadores del jet set.

El establishment que así les abrió las puertas los condenará si el ocaso es doloroso. Será un pervertido social el Bambino Veira, no el picaneador de la ESMA. Asesino podrá ser Monzón, no Videla. Y desde el sector opuesto, así como se los ignoró durante los años de esplendor, se los seguirá ignorando en el más oscuro de los ocasos. El dogmatismo ideológico no tolera cambios, ni siquiera pequeños. Si cambia algo, tendrá que cambiar todo.

Abanderado del cambio o mascarón de la distracción organizada, difícilmente se le acepte al ídolo deportivo actitudes de ciudadano anónimo. La sociedad se identificará con él en sus momentos de gloria. Tal vez no ocurra lo mismo cuando en esa misma vidriera exhiba sus miserias cotidianas. Nadie querrá sentirse reflejado en ese espejo.

# UNA MUJER SIN HISTORIA

**_Por Claudia Acuña_**

El pelo rubio, teñido y modelado por un paciente brushing. Los ojos celestes, dibujados con delineador y una sombra brillante. La boca pintada: rouge fuerte, labios húmedos.

El flash la congeló en ese registro: una mujer —cualquier mujer— que sonríe con pudor ante las cámaras. No sabe posar. Tampoco puede disimular el esmero puesto por mostrarse natural. Apenas si logra acomodar su figura flaca, apocada, al lado de ese hombre que jamás se permitió sentir vergüenza. Y mucho menos, fotografiarla.

La de ella, en cambio, está allí. En cada foto. En la que la muestra con su camisón de nylon, en la cama y luciendo su bebé, la que la recuerda con una bikini celeste y ese cordón negro sujetándole al cuello una medallita de la Virgen de Luján o la que deja intuir esa camisa de seda planchada con esmero, asomándose en el living de la casa.

Así, con la mirada ligeramente inclinada al piso, Alicia Muñiz se presentó en sociedad para lucir su único título: ser la mujer de Carlos Monzón, el boxeador, el admirado campeón. El macho.

Poco se supo de ella entonces. Era hija de un portero, tuvo una peluquería —instituto de belleza, dicen ahora las revistas—, trabajó como modelo en desfiles casi escolares y puso una boutique que clausuró porque no podía pagar el alquiler. Huérfana de historia, no tenía virtudes ni defectos visibles: sólo una fama prestada y cierta vocación natural para transmitirla.

Recién cuando los flashes la retrataron desnuda, con la mejilla apoyada en las baldosas, el pelo desordenado y la tragedia congelada en una sola imagen, consiguió ser algo más. Recién entonces se ocuparon de tejerle un perfil propio —el de la mujer sacrificada, buena madre, mejor hija y esposa infeliz—, otorgarle sus correspondientes calificativos morales y —lo que fue más importante— un carnet de identidad: el que la acreditaba como víctima.

Semejante obviedad debería, en este caso, sorprender. Alicia Muñiz pudo asumir este rol sin condicionamientos previos, ni vacilaciones. Ni siquiera tuvo que someterse a los imaginarios tribunales que —hace pocos meses— se erigieron en el acto para examinar la conducta de un adolescente violado por un entrenador de fútbol.

Este muchacho de 13 años necesitó, en cambio, algunas semanas, varios reportajes, muchos agravios y otras tantas acusaciones hasta conseguir que la conciencia colectiva de esta sociedad le devolviera sentido a la agresión. Un reconocimiento tardío que se transformó en una única y miserable posibilidad de comprenderlo.

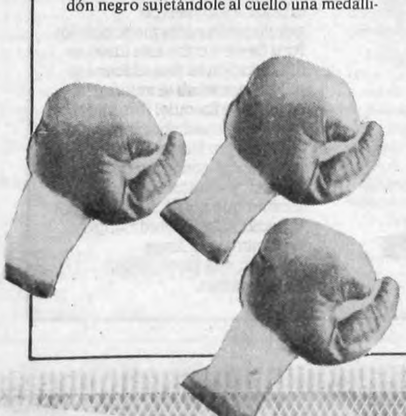
Esta vez, es cierto, las cosas fueron claras desde el principio.

Ni la popularidad, ni el fanatismo, ni la devoción de aquellos que confunden los músculos con la virtud universal, han logrado arrebatarle a Alicia Muñiz este derecho. Ella había conseguido su victoria de antemano. Poniéndole la cara —esa cara flaca, de mujer rubia, con ojos celestes, sonrisa angelical y gesto pudoroso— al mito construido alrededor de un marido demasiado popular, demasiado expuesto como para permitir identificaciones.

El puño cerrado del campeón, estrellándose contra esa imagen, lo destruyó en el acto. Lo hizo añicos. Y con la contundencia que siempre tienen los actos inconscientes, todos —la prensa, el público y los dueños del circo— otorgaron esta vez el lugar correcto, el único lugar desde donde se puede contemplar una tragedia.

El triste privilegio de Alicia Muñiz nos devuelve algo de sentido. Al menos una vez el pulgar se inclinó para que alguien pueda descansar en paz.

Al menos una.





# D
# A LA

Es difícil entrar en esta historia. El box es un deporte que exalta la violencia. Una violencia que se ajusta a reglas, que no acepta los golpes bajos. Se privilegia la astucia y la rapidez, pero sobre todas las cosas, la fuerza. A las mujeres nos cuesta comprender el placer de actuar u observar la confrontación violenta, basada en la fuerza. Mucho menos podemos comprender cuando esa violencia se usa fuera del ring, donde todo se convierte en "golpe bajo". De ahí que no se puede ser objetivo y neutral, o analizar con frialdad. En el nivel de las simpatías, las identificaciones, Monzón está, para mí, en la vereda de enfrente. Y esto por varios motivos.

La carrera boxística de Monzón está marcada por el éxito, por una manera sistemática y repetitiva de aplicar golpes demoledores, "asesinos" según un contrincante francés. Parecería —por lo que pude captar hablando con hombres amantes del box— que Monzón tenía tanta fuerza, que sus golpes eran tan sistemáticos, que la pelea, la confrontación, perdía interés, tanto para los propios actores como para los observadores. El resultado se sabía de antemano: el golpe demoledor no demorará en ser aplicado, certero, directo, donde duele.

Este episodio que acapara la atención de la última semana, ¿era también previsible, como los golpes de Monzón en el ring, cuando defendía su título contra rivales que no lo eran? ¿No, tenemos frente a nuestros ojos un arquetipo social, desenvolviéndose de una manera previsible, casi como siguiendo un ritual inscripto en nuestra matriz cultural?

Conocemos las historias de los ídolos populares, de los triunfadores que lograron arrancar el entusiasmo de las masas, creando expectativas, polémicas, amores y odios. Gatica en el box, River y Boca en el fútbol. Allí el hincha se siente parte de la historia, siente al ídolo como propio, si identifica con él, con su suerte. Monzón corresponde otro modelo: frío, calculador, previsible. después del box, vinieron los otros "éxitos" las mujeres, el dinero, los placeres, el *jet se* —o para usar la terminología creada por lo medios de comunicación para no tener qu preguntarse mucho sobre el contenido, "l farándula"—.

¿Qué es la farándula? Es un mundo ajen al nuestro, al de la gente común que trabaja ama, goza y sufre cotidianamente. Es mundo de la eterna euforia, alegría, place superficial, movimiento. ruido, descontra

# DESVENTURAS DE UN MASCARON DE PROA

*Por Ezequiel Fernández Moores*

Desde que te ven condiciones empieza la sobreprotección. Te dicen cómo hay que hacer todo. Te enseñan cómo comer, cómo coger, cómo descansar y después aparece un amigo que te dice qué hacer con la plata. Nadie te dice qué tenés que hacer cuando se termina el fútbol.'' La respuesta del ex jugador Roberto Perfumo se refería a la situación del futbolista famoso cuando decide el retiro, pero perfectamente podría extenderse a todos los deportistas notorios, a quienes la sociedad brinda un lugar de privilegio sólo mientras dure la buena estrella.

Otrora reservado a ricos y nobles, el deporte de elite abandonó ese coto reservado con la llegada del profesionalismo. Los nuevos asalariados del deporte, los nuevos campeones, no eran ya de cuna ilustre. Formaron casi la vanguardia del ''aluvión zoológico'', pues sus éxitos y dinero les abrieron fácilmente las puertas de un mundo desconocido.

El establishment se encargó de alimentar la figura mítica del ídolo deportivo, no sólo por sus triunfos, sino como modelo de comportamiento social. Desde un sector opuesto se rechazó esta utilización del ídolo y optó por ignorarse el verdadero fenómeno de masas que ha pasado a ser el deporte. En el medio —con uno u otro paternalismo a cuestas—, los aficionados. Los que se conmovieron con el Fangio-automovilista y no con el ejecutivo de la Mercedes Benz, con el Vilas-tenista y no poeta o músico, con el Maradona-futbolista y no representante de la UNICEF. Con el Pelé jugador. No con el político.

''Querían que hablara como un intelectual y pensara como un filósofo. Pero él era sólo un boxeador'', dijo hace pocos días Amílcar Brusa, entrenador y casi padre de Carlos Monzón durante su oficio de boxeador.

En aquellos tiempos de esplendor el rating de la TV alcanzaba la cifra hoy imposible de 50-60 puntos con cada una de sus peleas. Y si bien el estilo chaplinesco de Nicolino Locche resultaba mucho más cálido y simpático, Monzón aparece hoy como el tercer deportista argentino ''de todos los tiempos'' (detrás de Fangio y Vilas), según una encuesta reciente del diario *Clarín*.

Precisamente Fangio, Vilas y Monzón eran las figuras deportivas que debía utilizar la dictadura de Videla para contrarrestar la ''campaña antiargentina'', de acuerdo al consejo que le dio a los militares la agencia Burson-Marsteller, contratada antes del Mundial '78 ''para mejorar la imagen argentina en el extranjero''. Pero a Monzón —peronista de cuna— no se le recuerdan actitudes de apoyo al régimen. Recién en 1984 —cuando los militares ya no estaban en el poder— aceptó hablar de cuestiones políticas y le dijo a un periodista de la revista *Libre* que ''si hubo desaparecidos fue porque en algo andarían''. No quiso recordar que él mismo había sido una víctima del Proceso: en 1981 debió soportar un mes en prisión acusado de ''tenencia de armas de guerra''. Se trató de un ajuste de cuentas del almirante Carlos Lacoste, que se enfrentó comercialmente con el ex boxeador y aprovechó su afición a la caza para ponerlo entre rejas.

Por eso, relacionar los triunfos de Monzón con la dictadura equivaldría a pensar que lo mismo podría ocurrir entre la potencia extraordinaria del campeón mundial de los pesados, Mike Tyson, y la política exterior de Ronald Reagan. Como acusar a Mario Kempes de complicidad con Videla por sus golazos del Mundial '78 o a Maradona por la conquista del Mundial juvenil del '79.

''¿Por qué la magia del fútbol se mantiene aun en los breves períodos de protagonismo de masas?'', se pregunta la psicóloga Ana Quiroga en su libro *Psicología de la vida cotidiana*. Y agrega: ''Agotar el fenómeno futbolístico en alienación y manipulación parcializa el fenómeno y empobrece su comprensión, es simplificador''. Más contundente, el español Vicente Verdú *(El fútbol, mitos, ritos y símbolos)* dice que ''a la afición al fútbol se la presenta como evasiva, infantil, acaso irresponsable, para hacer creer que la gente adulta, los que han tomado conciencia están resguardados en lo real y para esconder que el verdadero infantilismo (bárbaro, conmovedor, titubeante) está en todas partes. O, en definitiva, para ocultar que todos somos aficionados al fútbol''.

Y si el fútbol —pero también el deporte todo, incluido el boxeo, con sus quinientos muertos y tendal de lesionados cerebrales en 70 años— aparece a ojos de sus enemigos morales como una ''Disneylandia portátil'', qué decir entonces de esos ídolos del deporte, guerreros de los estadios, pero también puestos a poetas, filósofos, políticos y animadores del jet set.

El establishment que así les abrió las puertas los condenará si el ocaso es doloroso. Será un pervertido social el Bambino Veira, no el picaneador de la ESMA. Asesino podrá ser Monzón, no Videla. Y desde el sector opuesto, así como se los ignoró durante los años de esplendor, se los seguirá ignorando en el más oscuro de los ocasos. El dogmatismo ideológico no tolera cambios, ni siquiera pequeños. Si cambia algo, tendrá que cambiar todo.

Abanderado del cambio o mascarón de la distracción organizada, difícilmente se le acepte al ídolo deportivo actitudes de ciudadano anónimo. La sociedad se identificará con él en sus momentos de gloria. Tal vez no ocurra lo mismo cuando en esa misma vidriera exhiba sus miserias cotidianas. Nadie querrá sentirse reflejado en ese espejo.

# UNA MUJER SIN HISTORIA

*Por Claudia Acuña*

El pelo rubio, teñido y modelado por un paciente brushing. Los ojos celestes, dibujados con delineador y una sombra brillante. La boca pintada: rouge fuerte, labios húmedos.

El flash la congeló en ese registro: una mujer —cualquier mujer— que sonríe con pudor ante las cámaras. No sabe posar. Tampoco puede disimular el esmero puesto por mostrarse natural. Apenas si logra acomodar su figura flaca, apocada, al lado de ese hombre que jamás se permitió sentir vergüenza. Y mucho menos, fotografiarla.

La de ella, en cambio, está allí. En cada foto. En la que la muestra con su camisón de nylon, en la cama y luciendo su bebé, la que la recuerda con una bikini celeste y ese cordón negro sujetándole al cuello una medallita de la Virgen de Luján o la que deja intuir esa camisa de seda planchada con esmero, asomándose en el living de la casa.

Así, con la mirada ligeramente inclinada al piso, Alicia Muñiz se presentó en sociedad para lucir su único título: ser la mujer de Carlos Monzón, el boxeador, el admirado campeón. El macho.

Poco se supo de ella entonces. Era hija de un portero, tuvo una peluquería —instituto de belleza, dicen ahora las revistas —, trabajó como modelo en desfiles casi escolares y puso una boutique que clausuró porque no podía pagar el alquiler. Huérfana de historia, no tenía virtudes ni defectos visibles: sólo una fama prestada y cierta vocación natural para transmitirla.

Recién cuando los flashes la retrataron desnuda, con la mejilla apoyada en las baldosas, el pelo desordenado y la tragedia congelada en una sola imagen, consiguió ser algo más. Recién entonces se ocuparon de tejerle un perfil propio —el de la mujer sacrificada, buena madre, mejor hija y esposa infeliz—, otorgarle sus correspondientes calificativos morales y —lo que fue más importante— un carnet de identidad: el que la acreditaba como víctima.

Semejante obviedad debería, en este caso, sorprender. Alicia Muñiz pudo asumir este rol sin condicionamientos previos, ni vacilaciones. Ni siquiera tuvo que someterse a los imaginarios tribunales que —hace pocos meses— se erigieron en el acto para examinar la conducta de un adolescente violado por un entrenador de fútbol.

Este muchacho de 13 años necesitó, en cambio, algunas semanas, varios reportajes, muchos agravios y otras tantas acusaciones hasta conseguir que la conciencia colectiva de esta sociedad le devolviera sentido a la agresión. Un reconocimiento tardío que se transformó en una única y miserable posibilidad de comprenderlo.

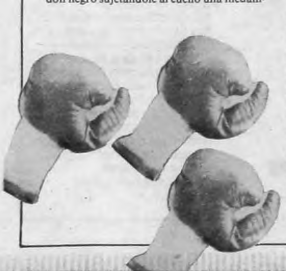
Esta vez, es cierto, las cosas fueron claras desde el principio.

Ni la popularidad, ni el fanatismo, ni la devoción de aquellos que confunden los músculos con la virtud universal, han logrado arrebatarle a Alicia Muñiz este derecho. Ella había conseguido su victoria de antemano. Poniéndole la cara —esa cara flaca, de mujer rubia, con ojos celestes, sonrisa angelical y gesto pudoroso— al mito construido alrededor de un marido demasiado popular, demasiado expuesto como para permitir identificaciones.

El puño cerrado del campeón, estrellándose contra esa imagen, lo destruyó en el acto. Lo hizo añicos. Y con la contundencia que siempre tienen los actos inconscientes, todos —la prensa, el público y los dueños del circo— otorgaron esta vez el lugar correcto, el único lugar desde donde se puede contemplar una tragedia.

El triste privilegio de Alicia Muñiz nos devuelve algo de sentido. Al menos una vez el pulgar se inclinó para que alguien pueda descansar en paz.

Al menos una.





# DEL ESFUERZO A LA ARROGANCIA

*Por Elizabeth Jelin*

Es difícil entrar en esta historia. El box es un deporte que exalta la violencia. Una violencia que se ajusta a reglas, que no acepta los golpes bajos. Se privilegia la astucia y la rapidez, pero sobre todas las cosas, la fuerza. A las mujeres nos cuesta comprender el placer de actuar u observar la confrontación violenta, basada en la fuerza. Mucho menos podemos comprender cuando esa violencia se usa fuera del ring, donde todo se convierte en ''golpe bajo''. De ahí que no se puede ser objetivo y neutral, o analizar con frialdad. En el nivel de las simpatías, las identificaciones, Monzón está, para mí, en la vereda de enfrente. Y esto por varios motivos.

La carrera boxística de Monzón está marcada por el éxito, por una manera sistemática y repetitiva de aplicar golpes demoledores, ''asesinos'' según un contrincante francés. Parecería —por lo que pude captar hablando con hombres amantes del box— que Monzón tenía tanta fuerza, que sus golpes eran tan sistemáticos, que la pelea, la confrontación, perdía interés, tanto para los propios actores como para los observadores. El resultado se sabía de antemano: el golpe demoledor no demorará en ser aplicado, certero, directo, donde duele.

Este episodio que acapara la atención de la última semana, ¿era también previsible, como los golpes de Monzón en el ring, cuando defendía su título contra rivales que no lo eran? ¿No, tenemos frente a nuestros ojos un arquetipo social, desenvolviéndose de una manera previsible, casi como siguiendo un ritual inscripto en nuestra matriz cultural?

Conocemos las historias de los ídolos populares, de los triunfadores que lograron arrancar el entusiasmo de las masas, creando expectativas, polémicas, amores y odios. Gatica en el box, River y Boca en el fútbol. Allí el hincha se siente parte de la historia, siente al ídolo como propio, si identifica con él, con su suerte. Monzón corresponde a otro modelo: frío, calculador, previsible. Y después del box, vinieron los otros ''éxitos'': las mujeres, el dinero, los placeres, el *jet set* —o para usar la terminología creada por los medios de comunicación para no tener que preguntarse mucho sobre el contenido, ''la farándula''—.

¿Qué es la farándula? Es un mundo ajeno al nuestro, al de la gente común que trabaja, ama, goza y sufre cotidianamente. Es el mundo de la eterna euforia, alegría, placer superficial, movimiento, ruido, descontracción y falta de compromiso personal y social. Es un mundo donde vale todo, donde no hay reglas, no hay principios morales, donde el dinero compra todo (desde mujeres hasta jueces; desde periodistas hasta políticos). Este es el mundo de Monzón, un mundo de lentejuelas y brillitos que se nos impone todos los días en la televisión, que nos habla de gente en la euforia permanente. Casi como si fueran marcianos.

Si todo esto fuera realmente ajeno, lejano, distante —como cuando de chica, escuchaba hablar de Hollywood y el lujo en que vivían los actores allí, que se casaban y se divorciaban ocho veces, que salían de un período de alcoholismo y entraban en una cura por drogadicción— se podría olvidar, o incluir en el plano de la fantasía, como Superman o He-Man. Pero la diferencia es que ahora todo esto es parte de nuestra cotidianeidad, son imágenes y personas que están entre nosotros, que tienen anclajes y proporcionan modelos, estilos de vida y de éxito. Y que son el contra-modelo de lo que era la trama cultural de nuestra sociedad.

La Argentina siempre tuvo una cultura de la movilidad, del progreso, del avance. Mientras los símbolos del modelo estaban centrados en el logro a través del esfuerzo —sacrificarse para que el hijo estudie, esforzarse trabajando y ahorrando— los ídolos tenían esa historia del pobre muchachito que llegó, esforzándose, luchando contra adversidades, mostrando su capacidad desde abajo, con tesón. Las historias se repiten, Maradona es quizás el más reciente. Pero Monzón no es ídolo: pudo haber sido un pugilista exitoso y brillante. Sin despertar reacciones emocionales que lo transformaran en ídolo. Y su historia posterior lo coloca en otra matriz: la del éxito y el poder que no respeta reglas, para quien no hay principios morales, que se maneja según la lógica de la impunidad.

Señalo una coincidencia temporal, para que cada uno reflexione y saque sus propias conclusiones: el mundo de los Monzones, el de la farándula nacional e internacional, el del placer y el goce centrado en lo privado (publicitado ruidosamente) creció y se desarrolló entre nosotros en la última década —o sea, los años de la dictadura, del intento de ''cambio de mentalidades'', de la impunidad y la arrogancia del poder—. Que Monzón diga ahora ''a todas les pegué y nunca pasó nada'' es un lenguaje que resuena, que resulta dolorosamente conocido.

El desafío a la sociedad argentina está sobre la mesa. ¿Será capaz el vapuleado sistema jurídico de esta frágil y débil democracia de hacer frente a esta situación? La gente de la calle es incrédula, está segura que aunque culpable, vencerá la impunidad y la falta de moral. La mira social de la reconstrucción democrática y de una cultura de la justicia estará puesta en Mar del Plata. Esperemos que no como un chisme más de la farándula, sino como una puesta a prueba del desafío histórico, de reconstrucción de una moral y una ética democráticas.

*E.J., socióloga, investigadora del CONICET-CEDES.*



# LAS DIFERENCIAS ENTRE UN CALABOZO Y LA TUMBA

*Por Silvia Chester*

Adán y Eva convivían idílicamente en el Paraíso hasta que Dios los puso a prueba. Y por culpa de Eva y la serpiente, ambas, hembras pecaminosas, todo se pudrió. ¿Será por eso que los resentidos descendientes de Adán suelen desahogarse con sus fieles y amantísimas compañeras? ¿O es la fábula misma expresión de un ejercicio de poder que de este modo se fortalece?

''En todas las sociedades existen proverbios similares al ruso que asegura que 'una mujer podrá querer a su marido que no le pega, pero no respetarlo'. No está claro si el hombre ha gozado alguna vez del derecho ilimitado de castigar a su mujer, pero existen tradiciones folklóricas y cuasi-jurídicas sobre el tamaño del látigo que se puede usar, y qué grado de lesión parece razonable causar.''[1].

El economista y filósofo inglés John Stuart Mill escribió en 1869: ''Indagando en el pasado se observa que invariablemente desde tiempos inmemoriales, toda mujer yace bajo la grupa de un hombre. Inmenso es el número de hombres que en los países más civilizados no son más que brutos... lo cual no les impide de ningún modo, amparados en las leyes del matrimonio, conseguirse una víctima. El más vil malhechor tiene alguna mujer que le está ligada, contra la cual puede ejercer toda atrocidad salvo quizá matarla, y aun eso puede hacerlo sin ser castigado por la ley''[2]. Este texto sigue vigente.

Citado por Jean Claude Chesnais, especialista francés en violencia, le permite establecer una comparación. Chesnais no niega que en los países desarrollados siga habiendo violencia conyugal pero sostiene que los medios de comunicación, en esos países, exageran el problema en proporción inversa a la menor tolerancia contempóranea para esta forma de violencia. No le parece aceptable esta insistencia y agrega: ''Allí donde prevalece (esta forma de la violencia) como en las sociedades machistas de América latina y el Caribe, o en las comunidades tradicionales de la civilización musulmana, por ejemplo Irán, es más objeto de sufrimiento que de denuncia histérica''.[3].

Claro, en las sociedades ''civilizadas'' ya no hay ''brutos'' como los que denunciaba Stuart Mill, exceptuando los grupos de inmigrantes, en especial de la cuenca mediterránea. Ni tampoco se acepta la pedagogía a golpes que se practicaba en aquella época y podía extenderse a esa pupila ignorante que era la esposa. De modo que la violencia conyugal se inscribe en el discurso etnocéntrico que discrimina subculturas del atraso. Chesnais concluye: ''Hay mujeres apaleadas, niños y ancianos maltratados y también hombres golpeados. Hay brutos pero también hay mujeres perversas''. Por lo visto la democracia llega también al discurso de violencia, la de arriba, y la de abajo, la del niño y la del adulto, la del oprimido y la del opresor: todas se miden con el mismo criterio nivelador sin importar que víctimas y golpeados están siempre en el mismo sector.

Por lo tanto sigue vigente el discurso de Stuart Mill, que a despecho de sus excelentes intenciones, inscribe el problema del maltrato a la mujer, no en el marco de la discriminación patriarcal, sino en el de una falta de educación, cultura y buenos modales de individuos psicológica o socialmente enfermos. Es decir sigue vinculándose la violencia contra la mujer con ese descontrol propio del individuo propenso a perder los estribos, a desconocer frenos morales, el psicópata, el asocial, el impulsivo.

Como en el ''caso Monzón'' los medios en general, eluden la discriminación sexista que caracteriza a las sociedades patriarcales, en las cuales el maltrato es sólo una forma que asume aquélla y destacan los aspectos perversos de la conducta individual, desde el punto de vista de las normas vigentes. Entregarse al alcohol, ''marearse'' con la fama, usar los puños fuera de lugar en vez de la palabra, el chantaje y otros buenos modales igualmente coercitivos.

Es coherente con los valores dominantes que el maltrato, usual y cotidiano, y no sólo ''a golpes'' pase a ser la excepción y patrimonio único de ''inadaptados'', marginales o villeros, aun cuando las instituciones que asisten a las mujeres golpeadas propalen que los hombres golpeadores y las mujeres golpeadas provienen de todos los sectores sociales, conviviendo personas de los más variados orígenes y de los cuales puede decirse que nada tienen de ¡brutos!

El reproche a Monzón es por haberse extralimitado. No es golpear a su mujer lo que se cuestiona. Al fin y al cabo ''lo que pasa en la intimidad no incumbe a nadie''.

Y además de ello nadie se entera ya que lo que se espera socialmente es que las víctimas de violencia sexual callen. No se quiere admitir que el golpeador se inserta en una sociedad que discrimina en favor del más fuerte, del más poderoso, del que sabe poner en su lugar a quien somete y desea seguir sometiendo.

Por cierto que en todo victimario hay una víctima, la ''fiera acorralada'' en las palabras de su ex entrenador, cuyo mayor delito sería haberse hecho cargo sin hipocresía del machismo, la transgresión de normas, consentidos y practicados de modo más solapado por aquellos que más lo critican.

En la alternativa entre la ''denuncia histérica'' y la resignación al sometimiento, la mujer tiene la posibilidad de romper el cerco de la impunidad, sin dejarse entrampar ni aterrorizar por la muerte de una víctima. Más allá de lo que la sociedad y los medios digan y condenen y más allá del dictamen de la justicia, debe recobrar un lugar que jamás debió ceder.

Monzón estará ''contra las sogas'' pero su ex esposa está bajo tierra. Sigue siendo una diferencia.


(1) Bouldin, Elise, *Las mujeres y la violencia social* en ''La violencia y sus causas''. Autores varios, Editorial de la UNESCO.

(2) Mill, J. S., *The subjection of women*, Londres, 1969.

(3) Chesnais, *Histoire de la Violence*, R. Laffont, Paris, 1981.


*S. Ch., socióloga, investigadora del tema violación sexual.*



# EL ESFUERZO
# ARROGANCIA

**Por Elizabeth Jelin**

ción y falta de compromiso personal y social. Es un mundo donde vale todo, donde no hay reglas, no hay principios morales, donde el dinero compra todo (desde mujeres hasta jueces; desde periodistas hasta políticos). Este es el mundo de Monzón, un mundo de lentejuelas y brillitos que se nos impone todos los días en la televisión, que nos habla de gente en la euforia permanente. Casi como si fueran marcianos.

Si todo esto fuera realmente ajeno, lejano, distante —como cuando de chica, escuchaba hablar de Hollywood y el lujo en que vivían los actores allí, que se casaban y se divorciaban ocho veces, que salían de un período de alcoholismo y entraban en una cura por drogadicción— se podría olvidar, o incluir en el plano de la fantasía, como Superman o He-Man. Pero la diferencia es que ahora todo esto es parte de nuestra cotidianeidad, son imágenes y personas que están entre nosotros, que tienen anclajes y proporcionan modelos, estilos de vida y de éxito. Y que son el contra-modelo de lo que era la trama cultural de nuestra sociedad.

La Argentina siempre tuvo una cultura de la movilidad, del progreso, del avance. Mientras los símbolos del modelo estaban centrados en el logro a través del esfuerzo —sacrificarse para que el hijo estudie, esforzarse trabajando y ahorrando— los ídolos tenían esa historia del pobre muchachito que llegó, esforzándose, luchando contra adversidades, mostrando su capacidad desde abajo, con tesón. Las historias se repiten, Maradona es quizás el más reciente. Pero Monzón no es ídolo: pudo haber sido un pugilista exitoso y brillante. Sin despertar reacciones emocionales que lo transformaran en ídolo. Y su historia posterior lo coloca en otra matriz: la del éxito y el poder que no respeta reglas, para quien no hay principios morales, que se maneja según la lógica de la impunidad.

Señalo una coincidencia temporal, para que cada uno reflexione y saque sus propias conclusiones: el mundo de los Monzones, el de la farándula nacional e internacional, el del placer y el goce centrado en lo privado (publicitado ruidosamente) creció y se desarrolló entre nosotros en la última década —o sea, los años de la dictadura, del intento de "cambio de mentalidades", de la impunidad y la arrogancia del poder—. Que Monzón diga ahora "a todas les pegué y nunca pasó nada" es un lenguaje que resuena, que resulta dolorosamente conocido.

El desafío a la sociedad argentina está sobre la mesa. ¿Será capaz el vapuleado sistema jurídico de esta frágil y débil democracia de hacer frente a esta situación? La gente de la calle es incrédula, está segura que aunque culpable, vencerá la impunidad y la falta de moral. La mira social de la reconstrucción democrática y de una cultura de la justicia estará puesta en Mar del Plata. Esperemos que no como un chisme más de la farándula, sino como una puesta a prueba del desafío histórico, de reconstrucción de una moral y una ética democráticas.

*E.J., socióloga, investigadora del CONICET-CEDES.*



# LAS DIFERENCIAS ENTRE UN CALABOZO Y LA TUMBA

**Por Silvia Chester**

Adán y Eva convivían idílicamente en el Paraíso hasta que Dios los puso a prueba. Y por culpa de Eva y la serpiente, ambas, hembras pecaminosas, todo se pudrió. ¿Será por eso que los resentidos descendientes de Adán suelen desahogarse con sus fieles y amantísimas compañeras? ¿O es la fábula misma expresión de un ejercicio de poder que de este modo se fortalece?

"En todas las sociedades existen proverbios similares al ruso que asegura que 'una mujer podrá querer a su marido que no le pega, pero no respetarlo'. No está claro si el hombre ha gozado alguna vez del derecho ilimitado de castigar a su mujer, pero existen tradiciones folklóricas y cuasi-jurídicas sobre el tamaño del látigo que se puede usar, y qué grado de lesión parece razonable causar." [1].

El economista y filósofo inglés John Stuart Mill escribió en 1869: "Indagando en el pasado se observa que invariablemente desde tiempos inmemoriales, toda mujer yace bajo la grupa de un hombre. Inmenso es el número de hombres que en los países más civilizados no son más que brutos... lo cual no les impide de ningún modo, amparados en las leyes del matrimonio, conseguirse una víctima. El más vil malhechor tiene alguna mujer que le está ligada, contra la cual puede ejercer toda atrocidad salvo quizá matarla, y aun eso puede hacerlo sin ser castigado por la ley" [2]. Este texto sigue vigente.

Citado por Jean Claude Chesnais, especialista francés en violencia, le permite establecer una comparación. Chesnais no niega que en los países desarrollados siga habiendo violencia conyugal pero sostiene que los medios de comunicación, en esos países, exageran el problema en proporción inversa a la menor tolerancia contemporánea para esta forma de violencia. No le parece aceptable esta insistencia y agrega: "Allí donde prevalece (esta forma de la violencia) como en las sociedades machistas de América latina y el Caribe, o en las comunidades tradicionales de la civilización musulmana, por ejemplo Irán, es más objeto de sufrimiento que de denuncia histérica". [3].

Claro, en las sociedades "civilizadas" ya no hay "brutos" como los que denunciaba Stuart Mill, exceptuando los grupos de inmigrantes, en especial de la cuenca mediterránea. Ni tampoco se acepta la pedagogía a golpes que se practicaba en aquella época y podía extenderse a esa pupila ignorante que era la esposa. De modo que la violencia conyugal se inscribe en el discurso etnocéntrico que discrimina subculturas del atraso. Chesnais concluye: "Hay mujeres apaleadas, niños y ancianos maltratados y también hombres golpeados. Hay brutos pero también hay mujeres perversas". Por lo visto la democracia llega también al discurso de violencia, la de arriba, y la de abajo, la del niño y la del adulto, la del oprimido y la del opresor: todas se miden con el mismo criterio nivelador sin importar que víctimas y golpeados están siempre en el mismo sector.

Por lo tanto sigue vigente el discurso de Stuart Mill, que a despecho de sus excelentes intenciones, inscribe el problema del maltrato a la mujer, no en el marco de la discriminación patriarcal, sino en el de una falta de educación, cultura y buenos modales de individuos psicológica o socialmente enfermos. Es decir sigue vinculándose la violencia contra la mujer con ese descontrol propio del individuo propenso a perder los estribos, a desconocer frenos morales, el psicópata, el asocial, el impulsivo.

Como en el "caso Monzón" los medios en general, eluden la discriminación sexista que caracteriza a las sociedades patriarcales, en las cuales el maltrato es sólo una forma que asume aquélla y destacan los aspectos perversos de la conducta individual, desde el punto de vista de las normas vigentes. Entregarse al alcohol, "marearse" con la fama, usar los puños fuera de lugar en vez de la palabra, el chantaje y otros buenos modales igualmente coercitivos.

Es coherente con los valores dominantes que el maltrato, usual y cotidiano, y no sólo "a golpes" pase a ser la excepción y patrimonio único de "inadaptados", marginales o villeros, aun cuando las instituciones que asisten a las mujeres golpeadas propalen que los hombres golpeadores y las mujeres golpeadas provienen de todos los sectores sociales, conviviendo personas de los más variados orígenes y de los cuales puede decirse que nada tienen de ¡brutos!

El reproche a Monzón es por haberse extralimitado. No es golpear a su mujer lo que se cuestiona. Al fin y al cabo "lo que pasa en la intimidad no incumbe a nadie".

Y además de ello nadie se entera ya que lo que se espera socialmente es que las víctimas de violencia sexual callen. No se quiere admitir que el golpeador se inserta en una sociedad que discrimina en favor del más fuerte, del más poderoso, del que sabe poner en su lugar a quien somete y desea seguir sometiendo.

Por cierto que en todo victimario hay una víctima, la "fiera acorralada" en las palabras de su ex entrenador, cuyo mayor delito sería haberse hecho cargo sin hipocresía del machismo, la transgresión de normas, consentidos y practicados de modo más solapado por aquellos que más lo critican.

En la alternativa entre la "denuncia histérica" y la resignación al sometimiento, la mujer tiene la posibilidad de romper el cerco de la impunidad, sin dejarse entrampar ni aterrorizar por la muerte de una víctima. Más allá de lo que la sociedad y los medios digan y condenen y más allá del dictamen de la justicia, debe recobrar un lugar que jamás debió ceder.

Monzón estará "contra las sogas" pero su ex esposa está bajo tierra. Sigue siendo una diferencia.

(1) Bouldin, Elise, *Las mujeres y la violencia social* en "La violencia y sus causas". Autores varios, Editorial de la UNESCO.

(2) Mill, J. S., *The subjection of women*, Londres, 1969.

(3) Chesnais, *Histoire de la Violence*, R. Laffont, París, 1981.

*S. Ch., socióloga, investigadora del tema violación sexual.*




*Por Jorge Lanata*

Todos los domingos siente miedo. La semana se le pasa volando, pero los domingos deambula por la ciudad sin rumbo, como si hubiera perdido la memoria. Escapa del domingo como de la muerte. En Buenos Aires la fuga tiene rumbo fijo: juega a las bochas en un club de Martínez, almuerza con los padres de Alicia y juega al chinchón hasta las ocho. En Mar del Plata entra una y otra vez a los bares, camina hasta que el tabaco le aprieta la respiración y vuelve molido a la cama. El domingo la ciudad se cubre de melaza, se aquietan la respiración y los ruidos y el boxeador le escapa a los espejos. Siente un pánico antiguo e inexplicable. Temía a los domingos de Santa Fe, peligrosos y tranquilos como un estanque, cuando soñaba con un futuro de albañil. Años más tarde, el boxeador escapó de los domingos en los hoteles de París y Nueva York: descolgaba el teléfono y miraba con rumbo fijo al techo hasta que las radios decretaban la medianoche. Entonces el boxeador podía dormir tranquilo. El domingo no volvería sino hasta la próxima semana, pero nada más lejos que la semana que viene cuando el sueño llega y desaparece el miedo.

**Lunes 8**

Entró al London a las diez y cuarto y sintió que todos lo miraban. Se sentó en la barra y pidió un whisky sin hielo. El mozo hizo una reverencia silenciosa y apareció con el vaso. Miró el reloj y supo que esa noche no tenía programa; después volvió la vista a la barra y vio que un tipo de remera roja le sonreía. El boxeador lo saludó con desgano. El mozo volvió a acercarse y le llenó nuevamente el vaso.

—Paga la casa —le dijo con un guiño.

—Se agradece —devolvió el boxeador.

El mozo forzó la conversación y el boxeador monologó hasta la madrugada.

—Vos decís ahora —le dijo— pero antes no daban dos mangos. El único tipo que creía en mí era Brusa. Y el viejo Mórtola, el periodista de *Crónica*. El viejo ése fue el único que puso que capaz le ganaba al tano Benvenutti.

El mozo lo escuchó pensando que esa noche tendría tema para la cena.

—Mirá, cuando le gané al tano ése me acuerdo que el gordo García Blanco se sacó la corbata y me la regaló. El ni se debe acordar de los colores de la corbata ésa, pero yo todavía la tengo en el placard, como un trofeo. Nunca la usé, te juro. Le pedí a Brusa que mandara un pibe a la tintorería y a los dos días la guardé. El gordo ni se debe acordar. Esa noche vino Ringo... Ringo Bonavena, ¿no? —dijo el boxeador mirando al mozo y al tipo de la remera colorada— y se metió en la ducha conmigo llorando como un pibe. Tenía un traje de alpaca que valía un vagón. No le importó un carajo. Me acuerdo que Ringo me decía: "¿Sabés lo que hiciste, pibe?, ¿sabés lo que hiciste?" Y yo no me daba cuenta de un carajo.

El boxeador sabía que después de esta parte se imponía un silencio. El mozo y el parroquiano miraron para abajo buscando alguna palabra, pero callaron. El boxeador había repetido esa historia mil veces. Pensó al decirla que usaba incluso las mismas palabras. La sinceridad lo sacó de libreto:

—En el setenta. El siete de noviembre del setenta. La puta, cómo pasa el tiempo.

El mozo había llenado el vaso por sexta vez. Las luces de la barra brillaban con más fuerza y casi no quedaba gente. Una pareja se prometía el futuro en la mesa del fondo. El tipo de remera roja le hablaba y le palmeaba el hombro. El boxeador pensó entonces de que carajo se reía. Miró el reloj sin escucharlo. La una y cinco. Al fondo de la barra un cincuentón hacía la caja. El boxeador pensó en pasar por el teatro. Después desechó la idea. Ya habrían salido, seguro estaban en el restaurant. Manoteó las llaves del auto y pidió la cuenta. Ya estaba en la vereda cuando dio la vuelta y le preguntó al de la barra.

—¿Me prestás el tubo?

El mozo sacó el teléfono de abajo del mostrador.

—No, dejá. Mejor dejá —dijo el boxeador y volvió a salir.

**Martes 9**

A las ocho de la mañana se ensañó el teléfono. El boxeador manoteó el auricular y escuchó una voz:

—Te habla Graciela, de la radio. Del programa de Velazco. ¿Te doy retorno y salís al aire?

El boxeador colgó.

A la tarde caminó por la Rambla. Un periodista y un fotógrafo de *Gente* lo siguieron por dos cuadras. Casi no habló con ellos. En una confitería de la peatonal se encontró con Ricardo.

—Necesito combustible —le dijo.

—¿Común o especial? —sonrió el otro.

—Del que tengas.

—Te veo a la noche.

A la salida, dos chicos que cruzaban la vereda en un skate se le acercaron. Uno de los pibes le tocó el brazo.

—Estoy más flaco, ahora —le dijo para no desilusionarlo. Nunca había tenido músculos fuertes en el brazo. "Brazos largos, pibe, y mirá la altura que Dios te dio", le decía Brusa. "Brazos largos". Los pibes le alcanzaron un marcador y firmó un autógrafo en la patineta.

—En el medio, en el medio del ring hay que esperarlo al tipo —monologó con los chicos— lo tenés en el medio y le entrás a pegar. Pero hay que estar frío, hay que olvidarse de las calenturas. Calzarlo, ¿me entendés? —preguntó, y uno de los chicos sintió miedo— calzarlos.

Hizo un par de monerías en el medio de la peatonal. Un par de turistas jubilados alcanzó a detenerlo en una Kodak Fiesta. Después se perdió hacia la plaza Colón. Pensó que estaba acabado.

**Miércoles 10**

Salió al balcón cuando escuchó la bocina, y vio al mecánico brillando abajo en el volante del Mercedes. Se puso una remera a los apurones y bajó.

—¿Vos estás en pedo? Son casi tres lucas.

—Es lo que cuesta, Carlitos, juná la boleta. Carburación, limpieza, hubo que cambiar todo el aire acondicionado...

—Tá bien, dejá —dijo con bronca y abrió la chequera.

—Ese sí que es un autógrafo —dijo el mecánico y el boxeador volvió a la casa arrastrando los pies. Al mediodía tomó la ruta a Miramar. El auto pistoneaba. Flor de hijo de puta el tipo éste. Aceleró y dejó atrás un Ford Sierra cargado de valijas. Un camión se le apareció en la curva, y no frenó. El camionero lo insultó desde la banquina. El boxeador sonrió por el espejito y puso la cuarta. Después buscó una playa perdida cerca de Chapadmalal. Encendió la radio y pasó allí toda la tarde.

**Jueves 11**

El sol amenazaba desde la ventana. El boxeador le preguntó cómo se llamaba:

—Silvia —dijo la mujer, y se sonrojó. Por un momento había pensado que ese hombre la quería. El boxeador tuvo un ataque de tos y corrió doblado hacia el baño. La mujer encendió un cigarrillo. El teléfono sonó dos veces y luego se cortó. Eran las cinco y media de la mañana. El boxeador volvió al cuarto y se desplomó en la cama.

—¿Quién llamó?

—No sé —se excusó la mujer— no atendí, se cortó antes.

—Dale, decí quién llamó.

La mujer sonrió confundida.

—No sé, te digo.

El boxeador buscó un cigarrillo y después se sentó en la cama.

—Seguro que atendiste vos y cortó —sentenció.

La mujer se movió, molesta.

—Siempre llama y cuelga. Escucha, y cuelga. O se queda ahí, esperando, y no dice un carajo. ¿Atendiste vos, no?

La mujer se levantó y comenzó a buscar su ropa. El boxeador estrelló el cigarrillo en la mesa de luz, y descolgó el teléfono. La mujer se pintaba en el baño. El boxeador se levantó y la tomó del brazo. La llevó hasta el centro del cuarto, y le volvió a preguntar:

—¿Atendiste o no?

Afuera los caseros encendían la radio y comenzaban los ruidos en el parque.

—¿Atendiste o no?

La mujer se largó a llorar y salió hacia el pasillo. El boxeador supo recién entonces que no le mentía, y entonces la llamó gritando:

—¡Marcela! —gritó— ¡Dale, volvé!

Después escuchó que se cerraba la puerta de abajo.

**Viernes 12**

Luchó veinte minutos con el telediscado. Después atendió Alicia. Sí, llegaba el sábado. Sí, iba con Maxi. Sí, en Camet a las nueve. El boxeador pasó toda la noche en el casino. Jugó quinientos australes al veintiocho, y perdió. Insistió toda la noche con el número, y fue en vano. Cambió de mesa, caminó por el salón con un vaso en la mano y continuó apostando. El número no salió en toda la noche. A la una y media pasó por el teatro y fue a cenar con un grupo de amigos.

**Sábado 13**

Detuvo el Mercedes en el parking de Camet, y no le cobraron estacionamiento. Mientras llegaba el avión tomó un café en la semipenumbra del bar. Miró algunos suéters, compró el diario y caminó por el hall. Cuando vio la cara del chico pensó: "Ahí está Roque". Iba a ponerle ese nombre hace años, antes de que lo convencieran de que el nombre de su viejo era vulgar. Maximiliano. Maxi. Maxi que corría a abrazarlo y que le dice al oído: "Te extrañé campeón".

Un solo semáforo los detuvo en la vuelta al centro. Entonces el boxeador le dijo a Alicia que había cancelado las reservas en el Hotel Rivoli.

—Ahora vamos a almorzar al chalet —le dijo— están el Facha y Daniel Comba.

En la casa tomaron mate. Alguien apareció con un video y gastaron así la tarde. A la noche saldrían a festejar el cumpleaños de Velazco Ferrero. Antes, fueron al Casino.

—Jugale al ocho —le dijo dándole a Alicia una ficha de cien australes— a ver si se da. El croupier cantó el veintisiete y los dos vieron cómo la escoba despejaba la mesa con las fichas.

—Jugale al once —intentó de nuevo. No salió. Martel ganaba más de mil australes en la mesa de al lado.

—Hay que reventarlos esta noche —dijo el boxeador.

A las dos de la mañana se encontraron con el locutor y su mujer en el bar del Provincial. Tomaron champaña y a la madrugada volvieron en taxi hasta el chalet. Un informativo anunció la fecha con precisión: las cinco de la mañana del domingo catorce de febrero.

Otro domingo —pensó el boxeador— pero ya era tarde.